

aseguro que no tendreis que arrepentiros de haber seguido la inspiracion de vuestro jefe.

Los soldados se retiraron á comunicar á sus compañeros el resultado de su encargo.

La tranquilidad renació de nuevo, y los que más habian vituperado al ilustre caudillo fueron los primeros en reconocer lo acertado de su determinacion.

Cortés, como es de suponer, habia tenido que dominarse mucho para no castigar aquella falta de respeto de sus subordinados.

Pero no era esta la primera vez que se habia doblegado ante la fuerza imperiosa de las circunstancias; y por la otra parte, disculpaba el atrevimiento de sus soldados, en gracia del valor con que habian arrojado tan inminentes peligros.

Se hallaba reflexionando acerca de las funestas consecuencias que habrian sobrevenido si no hubiera logrado llevar el convencimiento al ánimo de los descontentos, cuando le sorprendió agradablemente la llegada de unos embajadores que mandaban los pueblos de Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cuitlabac y otros lugares próximos á la laguna Dulce.

Veamos lo que habia pasado.

CAPITULO CXII.

En el que se da cuenta de las nuevas tribus que acudian á solicitar amistad con los españoles.



RAN los de Chalco tan fieles amigos de los españoles, y sentian tan irreconciliable odio hácia los mexicanos, que convocaron muchos pueblos é hicieron cruda guerra á los de las ciudades citadas, que aún no eran aliadas de Cortés, por más que no le hubiesen hostilizado desde que puso sitio á México.

Por esta razon enviaron aquellos embajadores á conferenciar con el ilustre conquistador.

—Venimos á rogaros, gran señor, le dijeron, que nos perdoneis si no hemos acudido ántes á ofreceros nuestro respeto y sincera adhesion. Tributarios de México, no osábamos desobecer las órdenes del emperador, que continuamente nos amenazaba con crueles castigos si pactábamos alianza con vos.

Pero la fama de vuestras hazañas ha llegado hasta nosotros, hemos comprendido que debe ser un enviado del cielo el que ha podido llevarlas á cabo, y no hemos dudado en venir á solicitar paz y amistad, confiando en vuestra proverbial generosidad.

Al mismo tiempo, permitidnos que impetremos vuestro amparo.

Nuestros vecinos los de Chalco, y aliados vuestros, nos hacen cruda guerra. Mandadles que no nos molesten en lo sucesivo, toda vez que deseamos compartir con ellos, en vuestra defensa, las fatigas de los combates.

—Podeis estar seguros sobre ese particular, contestó Hernan Cortés, porque desde hoy quedais bajo mi proteccion. Pero para convencerme de la sinceridad de vuestra alianza, necesito pruebas. Es preciso, pues, que vengan vuestros hermanos á incorporarse con mis huestes, y que traigan las canoas que tienen.

Ademas, necesito con urgencia construir casas para alojar cómodamente á mis soldados y resguardarlos de los frecuentes temporales que aquí sufrimos. Que vengan á ayudarnos en esta tarea, y nuestro pacto quedará formado en acabando las obras.

Los embajadores partieron; y en breve llegaron numerosos indios á ponerse á las órdenes de Cortés para comenzar las construcciones que proyectaba.

Con tan poderosos auxiliares se levantaron como por encanto casas suficientes para albergar, no sólo á los españoles, sino hasta á dos mil indios.

A haber sido necesario, se hubieran hecho más casas.

Pero los que estaban en Culucan dormian á cubrir de la intemperie.

Estos nuevos aliados, cuyo concurso era tan provechoso á los españoles, trajeron pan, pescado y mucha fruta.

Hay en aquella comarca tal abundancia de cerezas, cuya cosecha dura seis meses, que hay para abastecer todo el año á aquellos indígenas.

Cada dia veía Cortés más próximo el momento de apoderarse de México.

Todos los pueblos y tribus importantes eran aliados suyos.

Bien es verdad que á unos atraía el interes y á otros la curiosidad.

Pero de cualquier modo, lo cierto es que las huestes del ilustre conquistador se elevaban á doscientos mil hombres.

Con tan poderosos elementos podian emprenderse las operaciones en grande escala.

Se propuso desde luego ganar y allanar la calle y calzada que hay desde Tlacopan, por ser muy principal y tener siete puentes.

Una vez conseguido esto, estaria en comunicacion con Pedro de Alvarado, con lo que adelantaria mucho terreno para sus planes.

Al efecto mandó emisarios á los caciques de Iztacpalapa, Mexicalcinco, Guitlauac, Chalco, Culucan y otros pueblós de la laguna Dulce, con el objeto de que le enviasen inmediatamente todos los barcos que tuviesen.

Reunió, pues, tres mil, y los distribuyó por partes iguales entre ambas lagunas, poniendo ademas tres bergantines en una y cuatro en la otra.

Dió orden de que recorriesen la ciudad, incendiasen casas é hicieran todo el daño posible.

Mandó que todo su ejército entrase en la ciudad á sangre y fuego, y el se dirigió por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres.

Ganó tres puentes, y los cegó.

Dejó los restantes para el dia siguiente, y regresó á su puesto.

Muy de madrugada ya era dueño de gran parte de la ciudad, y sin embargo, Guatimotzin no manifestaba deseos de ajustar la paz.

Mucho sentia Cortés que se obstinase en la lucha, porque le era sensible continuar haciendo víctimas, y le dolian aun más las que le ocasionaban en sus filas los enemigos.

Las frecuentes victorias que alcanzaba Hernan Cortés despertaron viva emulacion en Pedro de Alvarado.

—Es preciso, dijo á sus soldados, pasar nuestros reales á la plaza de Tlatelulco. Nos cuesta mucho trabajo conservar los puentes que vamos ganando, y ademas seria mengua para nosotros, que estando tan cerca de la plaza, la tomase Cortés ántes.

Salvemos los puentes que aún nos separan de ella, y una vez conseguido esto, nos será fácil terminar nuestro proyecto.

Fué, pues, con toda la gente de su guarnición, y llegó á un puente que tendría unos sesenta piés de largo.

Combatió con ayuda de los bergantines, y en breve se vió al otro lado.

Dejó allí parte de los soldados que llevaba ocupados en cegar el puente, y con unos cincuenta continuó avanzando.

Los de á caballo no pudieron seguirle, porque las condiciones del terreno no lo permitían.

Los de la ciudad, al ver tan exiguas fuerzas, cayeron sobre él tan repentinamente y con tal denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse á nado para escapar de sus manos.

Desastrosa en extremo fué para sus tropas aquella tentativa.

Los mexicanos mataron muchos indios, y prendieron á cuatro españoles.

Estos infelices fueron sacrificados y devorados por sus vencedores.

Alvarado se contristó mucho al ver las funestas consecuencias que le había ocasionado un plan tan imprudente.

—Es una locura la que he cometido, exclamaba; bien dice nuestro caudillo, que no se debe avanzar sin dejar primero llano el camino. Y lo que más me duele, es que por causa mía hayan perecido tantos infelices.

Hernan Cortés, cuando tuvo noticias de estas desgracias, fué á ver á Pedro de Alvarado, y le reprendió por su falta de prevision.

Le dió instrucciones respecto á lo que debía hacer, y se volvió á sus reales.

CAPITULO CXIII.

Donde el lector vera el riesgo que corrió Cortés, y cómo se salvó milagrosamente.



o se decidía Cortés, á pesar del espíritu que dominaba en sus tropas, á trasladar sus reales á la plaza.

Confiaba en que Guatimotzin capitularia, y además comprendía el peligro que correrían sus huestes contra fuerzas tan compactas.

En efecto; en torno del supremo estandarte del imperio ondeaba la matizada enseña de Zopanco; la lúgubre enseña de Mexicalcinco, que es negra con estrellas rojas, la argentada de Tepepolco, que deslumbra con su brillo al desplegar el viento su pelícano colorido; la de Tula, ostentando en campo verde sus dos torres de nácar; la de Xochimilco, que jamás vió por tierra su cocodrilo azul; la de Atlixco, cuyas guirnaldas de rica pedrería no alcanzan á agitar los hábitos del céfiro; la de Quatitlan, blanca y ligera como espuma, levantando al menor soplo sus floripundios de oro; la singular de Quahuahuac, que se compone de dos anchos girones color de fuego, sujetos al mástil por una garra de león, trabajada de finísima plata; otras muchas, en fin, que nos sería imposible especificar.

Bástenos decir que allí se encontraban los altivos moradores de Popoloque; los bizarros hijos de Malinalco; los siempre inquietos de la bella Tazantla; los del antiguo Zopi; los que huelan la volcánica tierra de Colima; los que escuchan el perpétuo arrullo del mar Pacífico en las frescas riberas de Acapulco; los que habitan las ásperas gargantas de las sierras de Ouspa; y el